CUANDO CONCLUYE EL CUERPO DEL DESEO

NO le conocí, de primeras. ¡Meses y meses, de octubre a mayo, sentados frente a frente, aula número cuatro, Universidad de Sevilla! ¡Y nada!

—¡Luis Cernuda! —voceaba el catedrático (que era yo) casi a diario.

Pasar lista. Y una voz quebrada y sin color, contestaba desde una banca, ni muy atrás ni muy adelante: —¡Servidor!

Pedro Salinas, el joven catedrático, comenta: **"No me lo he perdonado nunca"**. Tampoco se lo perdonó este Luis Cernuda calladito que acaba de morir después de haber intentado la minuciosa liquidación poética de toda esa generación española, llamada del 26, y a la cual él llegó tarde para gozarla y demasiado pronto para no sufrirla. **"Ese muchachito finito, de color oliveño, el del pelo negro, el traje de buen corte, el pelo bien planchado, esos nudos de corbata perfectos"** que ya está en las grandes algaradas que signan el nacimiento de la generación, que interviene en sus polémicas y aun un poco en sus amistades, que los sigue de cerca pero lo suficientemente alejado como para mirarlos mejor, será al fin quien el primero comience a hacer girar la poesía española sometida al imperio de Federico, Guillén, Salinas, Alberti, Diego, empujándola —quizás con Aleixandre— hacia nuevo cauce, y será el primero que adoptará la toga de juez malhumorado para tratar de forzarle la mano a la posteridad.

El juvenil Cernuda, el de **Perfil del aire** (1927) bien quedó definido por el encendido elogio de Salinas: **"el poeta más fino, más delicado, más elegante que le nació a Sevilla después de Bécquer"**; **"su poesía es de vidrio, de materia leve, peligrosamente soplada, hasta el límite, cuando parece que la burbuja va a estallar, y de pronto se para, aceptando su forma final maravillosa"**. Pero de las claridades impecables de ese tiempo, de la alegría mañanera de su verso, sólo quedará muy pronto la precisión formal, el rigor exacto de la dicción, cuando el poeta se adentre por ese largo, tenebroso verso reflexivo que será el instrumento de su soliloquio lírico. **"Un hombre gris avanza por la calle de niebla"** se dice ya en 1929, y de 1931 son **"Los placeres prohibidos"** donde emerge la visión de un amor condenado, el desgarramiento interior de los deseos que se equivocan: **"Qué ruido triste el que hacen dos cuerpos cuando se aman"**.

Ya estamos en ese territorio que deslindará su libro definitivo, **La realidad y el deseo**, esa interrogación dramática del misterio cerrado de lo corporal, del incansable deseo sensual que vivifica el cuerpo por un instante y que al mismo tiempo lo condena: **"No decía palabras / Acercaba tan solo su cuerpo interrogante, / porque ignoraba que el deseo es una pregunta / cuya respuesta no existe. / una hoja suya rama no existe, / un mundo cuyo cielo no existe"**. Melancolía, chispazo del gozo que no llega a transformar al poeta en hoguera, porque siempre, en cada instante, una visión de muerte y de tristeza, casi un voluntario afán de propia y mutua destrucción lo mueve: **"Quiero vivir cuando el amor muere; / muere, muere pronto, amor mío. / Abre como una cola la victoria purpúrea del deseo, / aunque el amante se crea sepultado en un súbito otoño, / aunque grite: / Vivir así es cosa de muerte"**.

La explicación más obvia atiende a la naturaleza homosexual que Cernuda no escondió como otros, que le valió las iras de Juan Ramón de quien concluyera vengándose en el más ácido retrato que se ha trazado del creador modernista: **"Jiménez, a quien alguien más allegado a él que un criado se encargó siempre de "vivirle"..."**. Pero quizás esa naturaleza no baste a explicarlo porque en otros ejemplos de la misma generación (Federico, Aleixandre) no proporciona el mismo tono poético ni la misma cosmovisión. Su adentramiento en lo corporal es simultáneamente su adentramiento en la soledad, en un universo clausurado que resuena sordamente cuando se lo golpea, y es la suya una música asordinada, la del que monologa solo, la de quien sólo recoge del otro la forma seductora, nunca su espíritu viviente, nunca su otredad esencial como en el esfuerzo tenso del gran meditativo Machado.

La guerra pasó casi sin dejar huella en su poesía. Y también el exilio que lo integró a la cultura inglesa donde él ha de encontrar en los poetas metafísicos su tono reflexivo aunque elevado a otros deslumbramientos. Esa nueva soledad del destierro cumple la obra ya iniciada, abroquela su alma dentro de sí misma, arrancándole las raíces de tierra y comunidad.

Y a mi lado, al volverme,
vi otra vez aquel hombre silencioso,
que habló indistinto algo
con acento extranjero,
un acento de niño en voz envejecida.
Andando me seguía
como si fuera solo bajo un peso invisible,
arrastrando la losa de su tumba.
Más luego se detuvo.
"¿España?", dijo. "Un nombre.
España ha muerto". Había
una súbita esquina en la calleja.
Le vi borrarse en la sombra húmeda.

Separado de todos, haciendo una vida enigmática para sus antiguos compañeros de generación (¿Dónde está Cernuda? ¿Qué hace?) parece perderse su rastro. Nadie sabía contestar a la pregunta y cuando se le imaginaba en Inglaterra estaba en México. Cuando Alberdi le publica **Las Nubes**, en 1943, le pone una dedicatoria propia, que dice: **"A Luis Cernuda, aire del sur, buscado en Inglaterra"**. Sus raíces españolas comenzaban a parecerse a las de Santayana, y después de **Como quien espera el alba** se dejó tentar por la prosa de **Ocnos** y de **Tres narraciones** (ambas de 1948), casi evocaciones de escenas que habían perdido su realidad, quizás por lo mismo que comenzaba a declinar el deseo y ambas cosas estaban unidas en la visión original de Cernuda.

Se sabía que había sido profesor, pero lo que pudieron ser sus clases sólo se sospechó cuando se publicaron los **Estudios sobre poesía española contemporánea** (1957) y **Poesía y literatura** (1960). Contra la visión general mejor estatuida por la crítica presentaba otra muy distinta, ácida, que alteraba bruscamente las jerarquías del Parnaso que sólo concedía, a regañadientes, a Machado y a Federico. Era la hora del enjuiciamiento: el solitario hablaba. No puede impedirse sentir que hay un rencor extra literario en sus palabras, pero también hay que confesar la importante cuota de austero espíritu crítico que lo anima.

La pueril disputa de primacías con Guillén (entre **Perfil del aire** y **Cántico**, que son en verdad dos libros emparentados); la historia de su libro mayor, **La Realidad y el Deseo**, con edición definitiva en 1958, que se transforma en la biografía del poeta y sus viajes; las confesiones del escritor llegado a su edad madura, componen una a modo de despedida. Ella no es nada confiada. Se podría decir que vivió en la realidad porque existía su cuerpo, único dios, y ciego; y que cuando él desmerecía con los años, el poeta entero se ausentaba. **"Si se me preguntara cuál respuesta puede esperar un poeta en este mundo, yo respondería que ninguna, o si alguna, tan poco firme que de nada le sirve"** concluyó diciendo.

A.R.